

James Fishkin, *Democracia y Deliberación. Nuevas perspectivas para la reforma democrática.* Barcelona, Editorial Ariel, S.A., 1995

Por *Leila Mooney Sirotinsky* *

El debate político de nuestros días gira, en su mayor parte, alrededor de lo que se ha dado en llamar la “crisis del sistema político representativo”. Y no por casualidad. En efecto, pareciera que esta crisis no sería el síntoma de una enfermedad que sólo afecta a aquellos “Estados-nación de gran escala (usando palabras de nuestro autor) que se caracterizan por estar atravesando períodos de transición democrática o que han vivido bajo dictaduras o hasta gozado de períodos democráticos intermitentes.¹ Ante hechos estadísticos y realidades mundiales de tal magnitud, hoy se habla de ciudadanos sin representantes entendiéndose por ello el hecho de que la ciudadanía en general acusa a sus propios representantes de expulsarlos del sistema político.

De esta manera esta llamada “crisis de representación” estaría vinculada en gran escala con vicios presentados en nuestro sistema institucional vigente relacionados con una visión contramayoritaria de la política que procuró independizar a los representantes electos de sus representados y desalentar las asambleas y deliberaciones públicas por ser vistas estas últimas como canales de apasionamientos e irracionalidades.²

Todas estas consideraciones serían el prólogo necesario para indagar con mayor profundidad interrogantes muy concretos: ¿para poder fortalecer el sistema democrático es suficiente con que el ciudadano se pronuncie en las elecciones a través de la emisión de su voto? o bien y, como lo dice Alain Touraine, “con votar no basta” y ¿se hace necesario que acompañe con algo más a este acto propio de la democracia representativa liberal ya que la sanción del voto popular le impide afrontar las insuficiencias del voto en tanto no llega a convertirse en real expresión de nuestros intereses o necesidades como ciudadanos?

En *Democracia y Deliberación*, James Fishkin trata de encontrar ese “algo más” que falta sugiriéndonoslo desde la presentación del título de su trabajo. Así, no sólo emprende la tarea de describir una realidad que nos refleja, sino que también pretende presentar un modelo que escapa a quedar encerrado en estructuras debatibles académicamente y, haciendo gala de una elaboración descriptiva y analítica muy bien logradas, desarrolla, en lo que ha denominado “el camino hacia una nueva democracia”, su propuesta de los **Deliberative Opinion Polls** (Encuesta de Opinión Deliberativa).

* Abogada, UNNE, alumna de la Maestría en Derecho de la Universidad de Palermo.

1. En Estados Unidos numerosos estudios se han preocupado en indagar por qué no vota la gente y por qué tampoco se involucra en la vida política de su comunidad tomando como dato ejemplificador el recordar el hecho de que “el 44% del voto pluralista que se efectuara en favor del presidente Clinton en 1993 se traduce sólo en un apoyo del 24% del total de la ciudadanía norteamericana. En este sentido, ver Mathews, *Política para la Gente*, Kettering Foundation-Biblioteca Jurídica DIKE, Medellín-Colombia, 1994.

2. Esta es la idea de Roberto Gargarella en *Nos los representantes. Crítica a los fundamentos del sistema representativo*, Miño y Dávila eds., CIEPP, Buenos Aires, 1995.

Utilizando sus propias palabras, esta obra “se concentra tanto en las posibles soluciones como en los problemas aparentemente insolubles”...“tratando de conciliar los conceptos de democracia y deliberación...” Así, intenta trasladar algunas de las características favorables de la democracia ateniense cara a cara, de grupos pequeños, al Estado-nación de gran escala, problema sobre el cual versará la mayor parte de su trabajo. En realidad, para lograr conciliar los conceptos de democracia y deliberación trata de demostrar la importancia de *empower* o empoderar -si de alguna manera se puede utilizar este concepto en español-a las personas, ciudadanos comunes de todos los días en condiciones que puedan pensar acerca del poder que ejercitan.

Aquí podremos observar la constante que Fishkin seguirá como norte durante las tres grandes partes que componen su libro: el contar con una democracia representativa a secas no es suficiente y para poder fortalecerla es necesario desarrollar modelos-a manera de una sugerencia de estrategias a seguir en procesos de reforma democrática-que promuevan la democracia participativa a través del surgimiento de la deliberación como medio para modificar lo que algunos han llegado a llamar estados de “apatía pública”³. Para nuestro autor, “la participación no puede ser valorada independiente de valores como la igualdad política y la deliberación”. “Una versión totalmente defendible de la democracia -dice Fishkin- debe satisfacer simultáneamente tres condiciones: debe lograr la igualdad política, sus decisiones deben incorporar la deliberación y debe evitar la tiranía de la mayoría” (*Democracia...*, p. 30-31).

Todo esto reaviva una polémica que encuentra a pensadores políticos de distintas épocas discutiendo sobre los límites del tamaño de una democracia. “Los Fundadores estadounidenses pusieron en marcha un experimento audaz y, según muchos, temerario cuando intentaron establecer un tal gobierno popular -república- en un Estado Grande...”-dice Fishkin.

Así, los padres fundadores desafiaban a los “diversos grupos de escritores que llegaron a ser conocidos como los Antifederalistas donde su dogma central era que una sociedad pequeña constituía el único lugar apropiado para una república..” y estando animados por una democracia directa o, como mal menor, una democracia pequeña tan próxima de las personas como fuera posible. Por lo tanto, para quienes admitían la necesidad de representantes “como un sustituto para la asamblea común de todos los ciudadanos”, la cuestión era “mantener a los representantes responsables y dependientes directamente de sus electores. Ésta es la razón del interés por el corto término de los cargos públicos, por su rotación frecuente y por una representación numerosa.”⁴

Para Fishkin es claro que no obstante los llamados “Antifederalistas” hayan perdido las luchas primigenias sobre la Constitución no se puede dejar de reconocer que muchos de los cambios formales e informales nos han acercado mucho más al cuadrante -dentro del modelo desarrollado por nuestro autor- de una versión “mayoritaria directa de la democracia”. Todo esto se encuentra estrechamente vinculado con la “democratización de las propuestas”, es decir, que una propuesta mucho más directa y mayoritaria se entiende como más democrática que las

3. Ver Finley (1973 b); cf. Skinner “The empirical theorists of democracy: A plague on both their houses”, en *Political Theory*, Y (1973), pp 287-306; citado en Finley, “El nacimiento de la política”, cap. 4, Editorial Crítica, S.A., Barcelona, 1986.

4. Ob. cit. #16

estructuras institucionales que permiten a los líderes conservar la discrecionalidad o ser elegidos de un modo menos directo. A modo ejemplificativo, sostiene Fishkin, los referéndums y las elecciones primarias expresan una forma superior, más democrática que la que es expresada por las decisiones legislativas y por la selección de candidatos por los líderes de los partidos. Siguiendo este orden de ideas, entonces se entenderá que cuando los líderes políticos actúan en contra de las preferencias populares formuladas en los sondeos de opinión, deberemos entender que están tomando actitudes antidemocráticas y obrando, en consecuencia, antidemocráticamente.

Luego de definir que un modelo plebiscitario de liderazgo está desplazando la visión más compleja de la democracia que animó a los Fundadores, es dable observar cuán numerosos son los grupos de congresistas y presidentes que cada vez se sensibilizan más y más ante cualquier tipo de variación de la opinión pública. Pero todo esto presenta una contra cara, cual es que el auge de estos modelos “retóricos o plebiscitarios” que estamos presenciando en el siglo XX obligan a los líderes, como una contrapartida, a encontrarse en una campaña electoral permanente y a desarrollar estrategias que los lleven a simplificar el discurso político que se hace llegar a la ciudadanía cuyas opiniones y decisiones electorales hay que influenciar.

De esta manera, la combinación de televisión, encuestas y reformas de las campañas electorales ha logrado que los sondeos de opinión, el manejo de la opinión pública y la imagen en los medios de comunicación sean los indicadores del éxito de algún programa político. Así, todas las opiniones que estarían provenientes de todas estas encuestas, sondeos de opinión, elecciones, estudios sobre las actitudes se ubicarían en categorías incuestionables que no admiten prueba en contrario alguna.

El camino hacia la democracia fue sostenido e impulsado por varios flancos, etapas históricas e individuos. Así lo sostiene Alexis de Tocqueville quien vislumbró una marcha inevitable hacia la realización de la “democracia” a lo largo de todo el mundo, entendiéndola como una condición de igualdad social. Sin embargo, para Fishkin, este avance ha sufrido y continúa enfrentando un gran obstáculo, cual es el haber sido entendida y aplicada en la práctica en un “sentido más estrecho, tal como actualmente lo aplicamos a las instituciones políticas”. Así, una vez más, se comprueba el movimiento de la democracia hacia un cuadrante democrático-mayoritario-directo.

Ante hechos de tal magnitud, cabría preguntarnos si esos esfuerzos por incrementar la participación masiva han logrado efectivamente incrementarla. Y en este punto, Fishkin presenta un análisis claramente demostrativo de lo irónico del resultado causado. En efecto, en vez de haber logrado los objetivos esperados, contrariamente, todos estos esfuerzos han sido acompañados por una falta de participación y un desinterés masivos. Respuestas de tal envergadura, a su vez, tratan de encontrar un por qué para tales resultados, estando representado por el hecho de que los ciudadanos se encuentran desconectados de la política. Posiblemente con cierto hálito de desesperanza, Fishkin dice: “Hemos creado un sistema que permite la participación, pero que ha fracasado para motivarla de un modo eficaz.”

Valga la aclaración que para Fishkin el hecho de la participación va mucho más allá del acto de emisión del voto por parte del ciudadano. Este sería la especie dentro de un género más amplio aún. Precisamente por ello está de acuerdo con autores como Wolfinger y Steven Rosenstone cuando estos manifiestan que “no

votar no es realmente importante.” “los votantes son virtualmente un fiel reflejo de la población de ciudadanos en su conjunto. Los que quizás son insuficientemente representados son quienes carecen de opiniones”.⁵ Y es precisamente en este punto donde comenzará a vislumbrar una posible solución al problema que lo preocupa.

En efecto. Esos niveles deben ser interpretados, en primer lugar, como un síntoma de desconexión del sistema político de parte del electorado y, en segundo lugar, es posible utilizarlos para realizar un experimento mental-usando palabras del autor- en el cual participaran de esta experiencia valores centrales de la democracia: deliberación e igualdad política. Así, “la introducción de la gran parte inactiva del electorado en nuestro diálogo político público podría muy bien ser relevante.” (*Democracia...*, p. 102).

Seguidamente, se ocupa de las expectativas que le cabe tener a la democracia donde le preocupa que la legitimidad única de la democracia mayoritaria-directa, sea en la forma de referéndums ya que, en realidad, así se está obstruyendo el proceso de transición que aproximadamente hacen dos décadas tanto nuestros países latinoamericanos y europeos han comenzado a emprender. Para Fishkin estos “períodos sin precedentes de nuevas democracias” tienen que ir acompañados de reformas políticas cuya legitimidad esté dada por la voz mayoritaria del pueblo entendiéndola como la expresión de opiniones que sean el producto de la deliberación, respetando los postulados de la igualdad política y evitando la tiranía de la mayoría. Todo esto entendido no como una manera de estimular el autogobierno de los ciudadanos presentado como un paralelismo con el gobierno representativo. Muy por el contrario, el objetivo es comenzar a construir canales que hagan mucho más fluido el contacto entre los representantes y sus representados.

Regresando a su propuesta original, Fishkin delinea a las **DOP** como un posible canal que comience a favorecer ese intercambio. Es así que los presenta como una vertiente genuina que logre oponerse a las ya tradicionales encuestas y sondeos de opinión de una manera que empiecen a proliferar opiniones más racionalizadas e informadas que incrementen el nivel del conocimiento de los votantes que participan. Así, para nuestro autor estaríamos frente a una definición de participación plena, ya que se estaría logrando que los ciudadanos no sólo voten, sino que también lo hagan de una manera meditada y autorreflexiva alejándonos tangencialmente de la manifestación de opiniones improvisadas sobre la marcha para poder contestar una encuesta.

Por cierto, no descarta otras posibles soluciones, como las planteadas por el sistema del Vale de Representación y la teoría de Ackerman sobre el Momento Constitucional. Todas tratan, de alguna manera, de apuntar al problema de “cuándo habla el pueblo”, según sus palabras.

Sin embargo, a quienes nos preocupa que cambien en la ciudadanía ese sentido de desconexión y el sentimiento generalizado de que sus votos y opiniones sólo cuentan o valen como parte de una masa numérica, tal vez valga la pena explorar experiencias como la planteada por las **DOP**. Quién sabe. Posiblemente de esa manera estemos contribuyendo a crear espacios públicos de donde efectivamente surja ese *empower* del que alguna vez habláramos.

5. Raymond E. Wolfinger y Steven J. Rosenstone, *Who Votes?* (New Haven: Yale University Press, 1980), pp. 108-109.